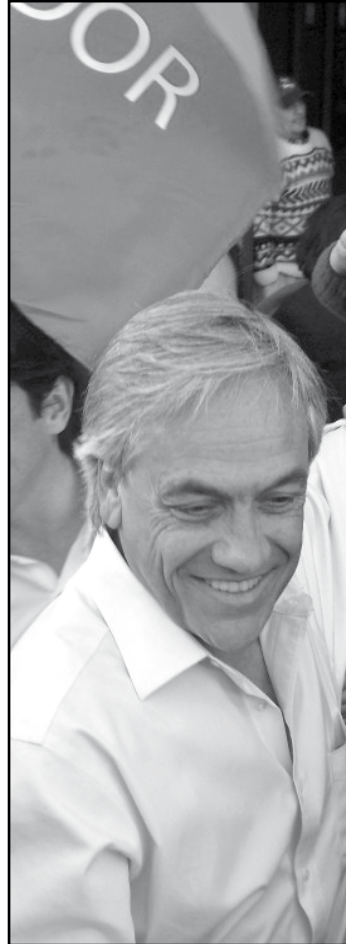


Chile

El triunfo de la derecha y el fin de un ciclo político

por PABLO TORRES
y JUAN VALENZUELA



EL FIN DEL CICLO POLÍTICO DE LA “TRANSICIÓN PACTADA”

El triunfo del megaempresario derechista Sebastián Piñera, candidato de la Coalición por el Cambio¹, en la segunda vuelta de la elección presidencial con un 51,61% de los votos² contra el 48,39% del oficialista democristiano Eduardo Frei, ha marcado **el fin del ciclo concertacionista, iniciado en 1990**.

La Concertación, la coalición política centroizquierdista de la clase patronal integrada por una alianza de demócrata-cristianos, socialistas, radicales y liberales-demócratas (DC-PS-PRSD-PPD), se mantuvo en el poder durante dos décadas desde los inicios de la transición pactada con la dictadura. Durante este ciclo, que abarcó

1 Reagrupamiento de la centroderecha, que integran la anterior Alianza por Chile –de la conservadora pinochetista Unión Demócrata Independiente (UDI), y Renovación Nacional (RN), de raigambre mas “liberal” de Sebastián Piñera– y Chile Primero, partido nacido de la escisión de sectores de la Concertación, donde incluso figura un ex ministro del gobierno de Salvador Allende.

2 La derecha gobernó con la dictadura durante 17 años, pero no ganaba la presidencia mediante votación electoral desde el año 1958, con Jorge Alessandri, primer presidente de la agrupación de las grandes patronal, la Confederación de la Producción y el Comercio (CPC).

cuatro gobiernos de la Concertación, la política nacional se configuró alrededor de la oposición **democracia** (representada por la Concertación) versus **dictadura/autoritarismo** (representada por la derecha), lo que, en lo fundamental, permitió que la Concertación jugara el rol de contención y desvío del movimiento de masas con una estrategia de conciliación de clases.

Hasta ahora la oposición política entre “demócratas” y “autoritarios”, entre el SI y el NO, configurada durante la dictadura pinochetista, le era útil a la Concertación para “vetar” a la derecha del gobierno. El resultado electoral, luego de una intensa campaña concertacionista que intentó realentar esa oposición, revela que ésta ha dejado de jugar el papel central que tenía hasta ahora en la política nacional.

Esa utilización era un método no solo para “vetar” el acceso al poder ejecutivo de la derecha, sino para mostrarse como “falsos amigos del pueblo”, puesto que en lo fundamental, el ciclo político de la “transición pactada” tenía su base en la “democracia de los acuerdos”, esto es, en que toda la política de Estado se basaba en los grandes consensos entre la Concertación y la derecha para mantener y profundizar la obra neoliberal iniciada con Pinochet. Se mantuvo así la Constitución de la dictadura (1980), se profundizaron las privatizaciones iniciadas tras el golpe de Estado en el plano de empresas estratégicas como el cobre —el “suelo de Chile”— y otros sectores de una economía de extracción de materias primas como la celulosa en el sector forestal, se continuó la privatización de la salud y la educación, la precarización laboral y los bajos salarios, y se mantuvo el excluyente sistema binominal que garantizó y sigue garantizando la permanencia central de dos grandes conglomerados políticos en el parlamento para aplicar la “democracia del consenso” neoliberal. Esta cuestión es fundamental: fue la propia Concertación, de la cual forman parte los golpistas de la Democracia Cristiana, la que mantuvo y profundizó el “modelo” iniciado por Pinochet, limando apenas sus aspectos más “molestos” como la cuestión de los Derechos Humanos.

Pero además, **se termina el ciclo político caracterizado por la contención en los marcos del régimen de la transición pactada que jugaba la centroizquierda en los sectores de masas. La política de la Concertación de mediar entre las patronales y los trabajadores era otro pilar de la política de los consensos, la negociación y la colaboración entre trabajo y capital, entre las patronales y los sindicatos.** Es lo que denominamos “falsos amigos del pueblo”³, donde la CUT, principal central sindical, es dirigida por uno de los vicepresidentes del PS de gobierno, con múltiples mesas de diálogo y con grandes acuerdos nacionales, garantizando la conciliación de clases “desde arriba” y mostrándose como “aliada” de los trabajadores. **Este papel no lo puede seguir jugando la derecha, tanto por su escasa base social en los trabajadores, como por su histórica política reaccionaria.** En ese sentido, el triunfo de Piñera, pone en juego la **transparencia de la lucha de clases** que la Concertación intentaba disipar y canalizar, y por

3 Por ejemplo, en el inicio de la democracia, en 1990, en el primer gobierno de la Concertación de Patricio Aylwin, punta de lanza de la “democracia de los acuerdos”, se da el primer gran acuerdo entre la CUT, el gobierno y las patronales agrupadas en la Confederación de la Producción y del Comercio (CPC) en donde se adquiría el compromiso de mantener la estabilidad nacional y laboral, esto es, la conciliación de clases, para garantizar que los acuerdos democráticos institucional, la transición pactada, se llevaran adelante.

ello, augura una nueva dinámica donde podrán tomar mayor protagonismo las organizaciones obreras y del pueblo pobre.

EL TRIUNFO DE PIÑERA Y EL JÚBILLO PATRONAL

La patronal ha recibido con júbilo este triunfo. El comité ejecutivo de la Confederación de la Producción y el Comercio, reunido unos días después del triunfo de la derecha, intenta instalar su agenda en la política nacional. La Cámara Nacional de Comercio y un conjunto de empresarios, ya plantearon que era necesario acabar con la “indemnización por años de servicio” que hoy reciben los trabajadores al ser despedidos, y reemplazar tal “beneficio” por un seguro de cesantía más holgado. Es decir, se trata de “bajar el costo” de los despidos. Otros sectores han comenzado a plantear que es necesario que el sueldo mínimo sea pagado desde los 25 años, y no desde los 18 como ocurre hoy, es decir, precarizar el trabajo juvenil para atacar al conjunto de la clase obrera.

El gobierno de la “Coalición por el Cambio” sin duda estará más asequible que la Concertación a la hora de “oír” las “demandas” de la clase patronal. Decimos “más asequible” porque la Concertación, durante las últimas décadas, también se encargó de velar por los intereses de la patronal. Por ejemplo, cuando ésta y la derecha le plantearon al gobierno, durante el primer semestre de 2009, que el salario mínimo debía subir sólo en un 2,5% –menos de la mitad del costo de la canasta familiar– éste accedió inmediatamente, con el argumento de que “por la crisis, había que evitar elevar los costos de contratación”. Ahora que los empresarios comienzan a clamar por más flexibilización laboral, la ministra del trabajo, Claudia Serrano (del PS) se ha encargado de aclarar que “en Chile sí hay flexibilización laboral” (*Diario Financiero*, 20 de enero de 2010). Dicho de otro modo: la Concertación **sí** ha mantenido y profundizado la precariedad laboral, con contratos precarios y facilidades al despedir, entre otras cuestiones. También ha gobernado con la venia de los empresarios. No es menor que hace unos pocos meses un sector de la gran patronal planteaba que 4 de cada 10 grandes empresarios apoyaba a Eduardo Frei y lo ayudaba con los fondos de campaña. O el propio encuentro anual de los empresarios, Icare, donde tanto el gobierno del “socialista” Ricardo Lagos y de Bachelet han salido con aplausos de las grandes patronales.

Apenas conseguido el triunfo electoral, Piñera ha anunciado un “plan estrella” en relación a Codelco, la principal empresa estatal dedicada a la producción de cobre. A inicios de los ‘90, cuando asumió Aylwin, el 70% del cobre era estatal y el 30% privado. Durante el ciclo político concertacionista, esas cifras se invirtieron: el 70% es privado y el 30% estatal. Ahora que asumirá Piñera, la privatización del principal recurso del país podría profundizarse. Argumentando que es necesario “elevar la productividad” de la minera, pulseada reabierto en la huelga de Chuquicamata a fines de 2009 y resuelta coyunturalmente a favor de los trabajadores, Piñera anuncia que permitirá el ingreso de capitales privados. Ya se empieza a vislumbrar que la orientación y perspectivas de las patronales con un gobierno de la derecha es incrementar los ataques a los trabajadores para tener una “mayor productividad”, esto es, mayor flexibilización del trabajo y mayor explotación. La patronal

ha recibido con júbilo este triunfo donde intentará tener mayor protagonismo en el marco de la crisis mundial, que amenaza con comenzar una nueva recaída.

LA CRISIS DE LA CONCERTACIÓN

El triunfo derechista ha acelerado la crisis de la Concertación. Si el 20% de votación que obtuvo Marco Enríquez-Ominami –un diputado del PS que terminó renunciando a este conglomerado para iniciar una carrera presidencial propia– reveló un deterioro de la relación de la Concertación con sus bases sociales⁴, la derrota ante Sebastián Piñera, ha incrementado sus roces internos. A un día de la derrota electoral, la juventud de la Democracia Cristiana tomó el principal local partidario, exigiendo la renuncia del presidente de la colectividad, Juan Carlos Latorre. A la renuncia de los presidentes del Partido Radical (PRSD) y del Partido por la Democracia (PPD) ocurridas antes de la segunda vuelta, se sumó entonces la renuncia del presidente del Partido Socialista, Camilo Escalona –uno de los principales sostenes del gobierno de Bachelet– ante las críticas internas por su baja votación en las elecciones parlamentarias y su responsabilidad en la derrota presidencial. Un discurso de “renovación” atraviesa al conglomerado, y el ex presidente Ricardo Lagos –el denominado “capitán planeta” por su papel como encargado de asuntos medioambientales de la ONU– ha llamado a “darle la posta” a las nuevas generaciones. Por otra parte, las tensiones entre el PS y la DC –los partidos que han constituido el “eje” de la Concertación– comienzan a incrementarse producto de recriminaciones mutuas respecto a las responsabilidades de la derrota. **El eje de la Concertación, la alianza del PS y la DC, hoy en día se encuentra en la incertidumbre y parece vislumbrar un quiebre político.**

Recientemente, se dio la primera crisis política en la Concertación tras el triunfo de Piñera. El Partido Radical –el partido más pequeño de la Concertación– anunció que tendría con la derecha y con el PRI –partido de centroderecha surgido de un quiebre de la DC– un acuerdo parlamentario para dar “gobernabilidad” a la derecha otorgándole la presidencia y vicepresidencia de la Cámara de Diputados. Esto llevó a una serie de pujas internas, llamados a sacar “inmediatamente” a los ministros radicales en el gobierno, y críticas del propio gobierno y demás sectores de la Concertación. El resultado: el desconocimiento del acuerdo por parte del Consejo General del Partido Radical y la renuncia de su presidente subrogante. Algunos sectores de la Concertación veían en este acuerdo –que favorecía totalmente a la derecha– un intento de golpe de timón del Partido Radical para hacer pesar su palabra, poco escuchada en la coalición centroizquierdista luego de las disputas intestinas por la candidatura presidencial.

Que la Concertación haya sido derrotada y su crisis se acelere, implica que se abre un proceso de **reconfiguración de la centroizquierda patronal**, cuyo “final” no es posible prever aún en sus detalles, aunque parecería indicar su quiebre. Pero que cen-

4 Deterioro que venía hace muchos años, donde la Concertación ha perdido cerca de 1 millón de electores en las elecciones parlamentarias y municipales, y ha tenido procesos de crisis interna y quiebres políticos, tanto por derecha, reflejado en el partido Chile Primero ahora aliado con la derecha, como por izquierda, reflejado en el MAS de Navarro o los socialistas Allendistas liderados por Jorge Arrate, candidato presidencial del Partido Comunista y el Juntos Podemos en estas elecciones.

tralmente plantea una “izquierdización” de la centroizquierda patronal, como anuncian sus dirigentes, de defender los “derechos de los trabajadores” y hacer una conexión con la movilización social. Actualmente el PS intenta apurar el trámite para que el gobierno oficialista saliente tire los proyectos de fortalecer la negociación colectiva y la creación de un sistema de pensiones –AFP– estatal, desde donde intentarán ser oposición a la derecha. En este proceso, también se pondrá en juego la política del Partido Comunista –partido obrero con una estrategia de colaboración de clases– que durante los últimos años ha venido llevando a cabo una política de alianza con la Concertación, plasmada el año pasado en el pacto electoral municipal, llamado “pacto por omisión”, y este año en el pacto parlamentario con la Concertación, que le permitió al PC elegir tres diputados al ir en la misma lista con el oficialismo. Esta política no es de ahora. El PC apoyó la elección del primer gobierno concertacionista del demócratacristiano Patricio Aylwin liderando el proceso de transición pactada. Años después, apoyó al “socialista” Ricardo Lagos en la segunda vuelta electoral. En la segunda vuelta del año 2006, apoyó a Bachelet bajo un acuerdo de 5 puntos, los cuales no fueron resueltos. Ahora, el apoyo que le entregó al DC Eduardo Frei –incluso formando los “comandos de la izquierda” por Frei– fue presentado bajo un pliego de acuerdo de “13 puntos” para poner fin a la exclusión, impulsar la democratización del país y defender los derechos laborales, y que ahora intentarán llevar adelante con la “bancada social” que han formado los tres diputados electos del PC junto a miembros de los cuatro partidos de la Concertación. Esta política solo ha servido para contener la crisis de la Concertación haciéndola posar como “falsos amigos del pueblo”, en vez de desenmascarar su verdadero rol al servicio de los intereses patronales.

El llamado de Piñera a formar un “gobierno de unidad nacional”, ha recibido diversas respuestas. Un sector de la Democracia Cristiana –como el ex presidente Patricio Aylwin y sectores más relacionados con la centroderecha, los llamados “príncipes”, que ocupan cargos senatoriales y de diputados y que en los próximos meses van a disputar las elecciones internas en la DC– ve con buenos ojos mantener esta política de los consensos con la derecha. Otro sector plantea ser oposición, rechazando el llamado de Piñera y planteando fortalecerse y reconfigurarse como centroizquierda. En ese sentido, podríamos decir que la DC, se encuentra tironeada hacia la izquierda y hacia la derecha, y un quiebre en ella sería una cuestión histórica en la política nacional. La propuesta de Piñera de mantener a Juan Gabriel Valdés –funcionario del gobierno de Bachelet e hijo de un histórico dirigente de la DC que tenía grandes vínculos con el padre de Sebastián Piñera– en el cargo de enviado especial a Haití, ha traído profundas discusiones, y las dirigencias empiezan a perfilar sanciones como la expulsión de sus filas a los miembros que integren el gobierno de la derecha. En el PS la vieja dirigencia ha cambiado su discurso “hacia la izquierda” diciendo que su papel será “defender los derechos de los trabajadores” contra los empresarios, y ahora la nueva presidencia llama a regresar al partido a los renunciados Jorge Arrate de socialistas Allendistas, a Navarro del MAS, y a Enríquez-Ominami. El Partido por la Democracia (PPD) está haciendo un llamado a formar un “Frente de Oposición” y abrir el partido a la ciudadanía. En el gabinete ministerial de Piñera presentado esta semana, la derecha integró a un viejo militante de la Democracia Cristiana, Jaime Ravinet, en el ministerio de Defensa,

quien tuvo que renunciar a su militancia en la DC ante las acusaciones de “traidor” y la amenaza de expulsar a cualquier miembro de la Concertación que forme parte del gabinete de Piñera.

¿Se fracturará el eje PS-DC y con ello, la centroizquierda patronal? ¿Terminará integrando el PC alguna nueva coalición de centroizquierda con una política y un discurso más a la izquierda? ¿Sobrevivirá la Concertación a esta crisis histórica de su proyecto? ¿Terminará siendo una cáscara vacía de lo que ha sido en las últimas dos décadas? Este conjunto de interrogantes –que al irse resolviendo modificarán históricamente la forma de hacer política en Chile– son las que objetivamente pone en juego la consumación del fin de ciclo político.

LAS PERSPECTIVAS DEL GOBIERNO DE LA DERECHA

Aun habiendo triunfado y encontrándose la Concertación en crisis, la derecha no cuenta con las suficientes fuerzas para implementar los ataques a la clase obrera y el pueblo pobre **de manera directa**. Desde el punto de vista electoral, si comparamos la cantidad de votantes de Piñera en la segunda vuelta del 2006 contra Bachelet –3.236.394 votos– con la reciente elección –3.582.800– vemos un incremento de 346.406. **Esa cantidad no constituye una ampliación significativa de la base social derechista**. Una parte de ese incremento se explica por un desencanto con la Concertación, como refleja que un 36% de la votación de Marco Enríquez-Ominami en primera vuelta se haya ido en segunda vuelta a la derecha, lo que le permitió obtener votaciones relativamente importantes en algunos sectores empobrecidos –en quienes caló el discurso de “protección social” derechista, como un bono de \$40.000 anunciado para marzo a las familias pobres– aunque en estos sectores la tónica fue el triunfo de Frei. En relación al régimen, aun con el proceso de crisis de la Concertación en pleno desarrollo, si bien la derecha hoy tiene la presidencia de la Cámara de Diputados y del Senado, ésta no cuenta con mayoría ni en la Cámara Baja ni en el Senado que le permita “ejecutar” sin contrariedad sus políticas. **Incluso la prensa derechista reconoce que Piñera deberá “negociar” y llegar a acuerdos. Por ello su discurso fue el de la “unidad nacional” y el de “reeditar” la “política de los acuerdos”,** intentar reeditar la estructura política de negociación entre la Concertación y la derecha que se dio en el primer gobierno post-dictadura y configuró el ciclo político de la transición. Es decir, Piñera no solo no sacó una “gran votación”, sino que además tendrá que alcanzar acuerdos con la Concertación y otras fuerzas menores en el parlamento para la política del ejecutivo, si no se verá obligada a gobernar vía decretos leyes, que implicarían mayores rasgos de bonapartización del régimen político.

Pero la clave del gobierno de la derecha es que no puede jugar el rol de contención de las masas trabajadores que jugó la Concertación. El papel de la Concertación había sido mantener el régimen negociado con la dictadura –la “transición pactada”– pero con medidas sociales para sectores de masas, con la mediación entre las patronales y los trabajadores, como son las mesas de diálogo entre el gobierno, la CUT y las corporaciones empresarias. Además, desviar un conjunto de procesos de

lucha –huelgas, movilizaciones estudiantiles, de pobladores– con algunas concesiones y con la intervención directa de la Dirección del Trabajo como mediador en los conflictos entre la clase obrera y la patronal. Este rol no lo puede jugar la derecha. El propio Piñera en el último debate presidencial planteó que iba a buscar a los trabajadores pero no a las “cúpulas” sindicales. La estrategia de la derecha es llevar adelante algunas medidas –hace unos días atrás dijeron que buscarán un subsidio para aumentar un ingreso ético familiar– que le permitan ganar base social en sectores empobrecidos, y con ello **rodear de un arco reaccionario a la clase obrera, y dividir a los trabajadores del pueblo pobre**. La política de una alianza revolucionaria de clase entre los trabajadores y el pueblo pobre para enfrentar a la derecha y al conjunto de la burguesía está en primera línea para fortalecer al movimiento obrero y de masas.

En estos días vimos la presentación del gabinete ministerial de Piñera. Su composición nos muestra su esencia, una especie de gabinete “teco político”, donde de los 22 ministerios, 18 han salido de la Universidad Católica, 14 de ellos tienen estudios de postgrado en universidades extranjeras como Harvard y Chicago. Casi el 80% son ingenieros, estrategas en cuestiones de planificación, y solo 8 de los 22 cargos corresponden a militantes de los dos principales partidos de la derecha. Del resto, uno es renunciado de la DC y los demás “independientes”. Este “nuevo directorio” proviene casi centralmente del ámbito privado, como directores de grandes empresas. La futura ministra del Trabajo ha sido gerente general de recursos humanos de la anti-obrera Soquimich. El ministro de Educación, el supernumerario Opus Dei Joaquín Lavín, es uno de los principales impulsores de la privatización de las universidades en su calidad de accionista de la Universidad del Desarrollo. La mayoría de su núcleo político más cercano corresponde a los *think tank* de la derecha: Instituto Liberal, Libertad y Desarrollo y la fundación Jaime Guzmán. El director del Instituto Libertad y Desarrollo, ligado a la UDI, Cristian Larroulet, nombrado Ministro Secretario General de la Presidencia, fue uno de los arquitectos del Odeplan, Organismo de Planificación, que diseñó el desmantelamiento de las empresas estatales en la dictadura, negoció la apertura radical a los mercados centralmente el norteamericano y las rebajas impositivas a las importaciones, convirtiendo a Chile en uno de los destinos favoritos del capital extranjero. En su discurso de presentación del gabinete, Piñera expresó su orientación: ubicarse en 2018 como el primer país de América Latina en ingresar al “círculo” de países desarrollados. Nada más lejano que esto por cuanto pretende subordinar más a Chile, esto es, reforzar su papel como semicolonias “privilegiada” de los países imperialistas. Por otra parte, sectores de la derecha como Jovino Novoa, actual presidente del Senado y militante de la pinochetista UDI, ya plantearon la necesidad de poner “punto final” a la tramitación de diversos procesos a militares golpistas e implicados en las causas de Derechos Humanos. No debemos olvidar que Novoa fue subsecretario del interior en la dictadura de Pinochet, es decir, de los cargos de alto mando del gobierno militar directamente implicados con los asesinatos, torturas, desapariciones y exilios de miles de trabajadores, estudiantes, pobladores y militantes de izquierda. En estos días, el futuro ministro de Justicia en el gobierno de Piñera ha dicho que son temores “infundados” esto de terminar con los pocos procesamientos que hay a militares y miembros de los aparatos de inteligencia de la dictadura. Esta política, que muchos han denominado un “gabinete de los gerentes”

es similar a otros intentos de amplificar la apertura al capital extranjero, como hicieron los liberales a fines de los '50, el pinochetismo en los '80; en América Latina, el núcleo de los "reformadores" en el gobierno mexicano de De la Madrid, que fue puntal en el gobierno de Carlos Salinas en los '90 que llevó a la crisis del tequilazo mexicano, o el gobierno del "peronista" Menem de Argentina, que junto a Cavallo a inicios de los '90 profundizaron la deuda externa e impulsaron la reforma monetaria para "controlar la inflación" atando la moneda nacional al dólar norteamericano.

Pero lejos de esto, la derecha intenta hacer olvidar el pasado golpista de todos ellos y de gran parte de sus jefes implicados directamente en la política genocida de la dictadura. Esto es también lo que hay detrás de la política de "unidad nacional" y "segunda transición" de Piñera, o en no poner a altos mandos del régimen militar en su gabinete ministerial para mostrarse como una "nueva derecha" opositora a los casos de violación de los Derechos Humanos de la dictadura. Esto ha sido posible gracias a la complicidad de la política de "reconciliación nacional" de la Concertación. En sus 20 años en la presidencia se siguió aplicando la Ley Antiterrorista de la dictadura, en numerables casos contra el pueblo mapuche; se negociaron últimamente los cargos del nuevo Instituto de Derechos Humanos siendo nombrados sectores de la derecha que negaban en sus principios que existieran violaciones a los Derechos Humanos. La Concertación dio sus votos para que el reaccionario Jovino Novoa estuviera por más de un año en la presidencia del Senado. Solo hay 43 casos de condena efectiva a militares golpistas, y la mayoría de ellos de bajo rango. Se ha mantenido una de las instituciones más vigilantes del respeto a la Constitución, el Tribunal Constitucional. El envalentamiento de la derecha para poner fin a las causas de Derechos Humanos, tiene que ver también con que la Concertación, basándose en la "política de los consensos", negoció estos temas con la derecha y respetó la legalidad de las causas "prescritas", que quedaban en casi total impunidad. Un ejemplo de impunidad fue el pronunciamiento de la Corte Militar de Justicia ante el caso del asesinato al joven mapuche Jaime Mendoza Collío, ocurrido durante el mandato de Bachelet y que terminó, como la mayoría de los casos, sin considerar culpable a los carabineros implicados, mientras que a los trabajadores, el pueblo mapuche, luchadores sociales y de la izquierda, como la documentalista Elena Varela, le han aplicado estrictamente la justicia patronal con distintas condenas.

LA CRISIS MUNDIAL Y LA ECONOMÍA NACIONAL

No obstante las voces que en el oficialismo hace algún tiempo decían lo contrario, la crisis mundial ha golpeado al país. Si medimos el decrecimiento económico del año pasado, cifrado en casi un 2%, vemos un deterioro de la actividad, aunque atemperado y contenido por la recuperación parcial de la economía mundial producto de los millonarios salvatajes públicos que contuvo una caída depresiva, aunque a costa del elevado endeudamiento de los distintos países. En Chile, además, en 2009 el comercio exterior cayó un 27% respecto de 2008, con una caída del 32% de las importaciones y un 23% de las exportaciones. Los mercados más resentidos fueron el intercambio comercial con Estados Unidos

y Europa, y en menor medida con China. La baja fue tanto en los rubros de la minería como la industria forestal –con el cierre en este último sector de más de 60 aserraderos– y mucho mayor en el sector salmonero –como en Quellón donde la cesantía alcanza el 60%– es decir, los tres principales sectores de la economía nacional que configuran el papel en la división mundial del trabajo, de América Latina como extractora de materias primas y de Chile como un estado rentista. La producción industrial, si bien no tiene un peso central en la economía nacional, registró una contracción de casi 7%, según cifras del Instituto Nacional de Estadísticas. La exportación de manufacturas cayó casi un 20%. De conjunto la actividad metalúrgica-metalmecánica, cayó un 21,2%, la peor caída del sector desde la crisis del año 1975. La teoría del “desacople”, según la cual la economía nacional estaría blindada de los efectos de la crisis, se ha mostrado una total falsedad, y las cifras dan cuenta de la profunda dependencia de la economía nacional del desarrollo de la crisis mundial y de la subordinación política y económica de la burguesía chilena al capital imperialista.

La recuperación parcial de la economía mundial en el marco de la crisis estructural, ha llevado asimismo a un período de recuperación nacional. Ya las cifras de la OCDE –a la cual Chile entró a fines del 2009–, del Banco Mundial y del FMI, auguran un crecimiento de este año entre el 4 y el 5%, pero todo depende del comportamiento de la crisis mundial en el próximo tiempo. Pero este atemperamiento y cierta recuperación de la economía nacional ha sido posible por los enormes desembolsos económicos de parte del gobierno a las patronales y los planes de obras públicas para reducir la desocupación. El año pasado, el gobierno lanzó un plan de US\$4.000 millones para proteger a las industrias cuprífera, forestal y salmonera –el caso de esta última es espectacular: casi US\$1.200 millones les dio el gobierno, y sin embargo recién abrirán proyectos el año 2011, dejando casi el 60% de las plantas cerradas. Además, el propio Banco Central con órdenes de Hacienda, puso más de US\$1.000 millones en efectivo como capital circulante junto con la baja de las tasas de interés que se encuentran en 0,75%.

El desempleo, según cifras oficiales, si bien viene conteniéndose, se encuentra en un 9,7% tras una leve baja en los últimos meses. Algunos analistas, como Orlando Caputo y Graciela Galarce, plantean que la realidad de la desocupación en Chile bordea casi el 17% y esta cifra casi se duplica en la juventud. La crisis mundial es un profundo límite tanto para el gobierno de la derecha de Piñera como para la política patronal de la centroizquierda. Piñera, que plantea la creación de un millón de “buenos empleos” en su gobierno y crecimiento al 6%, tendrá que enfrentar los embates de la crisis mundial que auguran la mayoría de los grandes analistas.

LA RECOMPOSICIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO: LA POSIBILIDAD DE UN MAYOR PROTAGONISMO Y LA ENTRADA EN ESCENA DE LAS ORGANIZACIONES SINDICALES Y DE LA LUCHA DE CLASES

El gobierno de la derecha, donde tenderán a transparentarse los conflictos de clases, y la crisis de la Concertación, ponen en juego la posibilidad de una mayor dinámica de

la lucha de clases, donde la principal hipótesis que planteamos es el escenario donde las organizaciones obreras y sindicales como la CUT, y los organismos estudiantiles como la FECH tomen un mayor peso y protagonismo. Ello plantea que el proceso de recomposición del movimiento obrero, que se ha expresado en el fortalecimiento de la organización sindical, como la creación de nuevas organizaciones, federaciones y confederaciones de trabajadores de planta, subcontratistas –como la importante creación unos años atrás de la Confederación de Trabajadores del Cobre que agrupa a trabajadores contratistas y subcontratistas de la minería que han protagonizado grandes luchas–, mayor proceso de luchas y huelgas obreras, recuperación de métodos históricos como la toma de planta, corte de caminos y la huelga, pueda pegar un salto político. Hasta ahora hemos visto diversas luchas en sectores estratégicos de la clase obrera: la minería –el año 2010 comenzó con la huelga de casi 6.000 mineros de Codelco en Chuquicamata– tanto los trabajadores de planta como los subcontratistas; los sectores forestales que protagonizaron a fines del año pasado tomas de planta por aumento salarial y en 2008 una de las principales huelgas obreras que terminó con el asesinato de un joven obrero, Rodrigo Cisternas, en enfrentamientos en la ruta con la policía. También vimos enormes huelgas de los trabajadores y trabajadoras del salmón. En la industria no ligada a la extracción de materia prima, si bien en menor escala estratégica, vimos dos procesos de lucha en 2007 de un contingente nuevo del proletariado industrial: la lucha callejera de los trabajadores de Agro súper en huelga ilegal por la quita del bono de colación, y los trabajadores de la fábrica Pacific Nut Company en huelga ilegal con toma de planta. Además hemos visto a los profesores y trabajadores estatales protagonizando grandes paros.

Hoy en día, está abierta la posibilidad de un mayor protagonismo de la clase obrera y sus organismos, parecido al de los años '50 en el país. La crisis de los partidos del Frente Popular en aquellos años –proceso que se iniciaba a mediados de los años '40 cuando ya había gobernado Pedro Aguirre Cerda por el Frente Popular del año '38–, y la crisis de los partidos de la burguesía, plantearon la entrada en escena de la clase obrera como sector protagonista de las luchas y de la política nacional a inicios de los años '50. En el año '52 nace la CUT como organismo central del movimiento obrero, que irrumpe en la vida nacional protagonizando grandes huelgas y fortaleciendo los conflictos de clase. En esos años, si bien con límites, fue un enorme progreso de los trabajadores, donde incluso en su primera dirección, liderada por el anarco-sindicalista Clotario Blest y el historiador trotskista del Partido Obrero Revolucionario (POR), Luis Vitale, la CUT protagonizó grandes luchas de los trabajadores. No queremos decir con esto que el peso político y sindical de la clase obrera sea parecido al de esos años, ya el golpe de 1973 significó una derrota estratégica profunda del movimiento obrero.

En la actualidad, los dirigentes oficiales de la clase obrera, que responden centralmente a la política de colaboración de clases del Partido Socialista y del Partido Comunista, anuncian su disposición a dialogar y a mantener la agenda de demandas, como la negociación colectiva, señalando que combinarán eso con posibles movilizaciones si el gobierno ataca o no oye las peticiones. **Pero la clave es que la fluidez y los movimientos en las alturas de la política patronal, abren posibilidades de emergencia en la escena nacional de mayores luchas obreras,**

del movimiento estudiantil y del pueblo pobre. Muy probablemente esto abrirá un proceso de politización social. El propio PC, dirigente de los principales bastiones obreros, plantea su oposición a la derecha en el parlamento y en la “lucha social”. Aunque sin mayor estructuración orgánica, el PC, en alianza con el PS en el movimiento obrero, ha dirigido las principales luchas, pero su política de alianza con la patronal “progresista” y sus políticos de la centroizquierda, su estrategia de conciliación de clases, ha sido un enorme límite para un salto de la lucha de clases y en la subjetividad de los trabajadores.

PIÑERA Y EL ESCENARIO LATINOAMERICANO

En el frente externo, Piñera está claramente posicionado junto a los sectores más reaccionarios de la derecha: Berlusconi en Italia, Sarkozy en Francia, y en la región, Uribe, Calderón y Alan García. En palabras del escritor Mario Vargas Llosa, candidato presidencial en las elecciones peruanas en 1990 contra Fujimori y uno de los más entusiastas colaboradores internacionales de la “nueva derecha” latinoamericana, el triunfo de Piñera refleja, en el panorama latinoamericano “un serio revés para Chávez y su grupete de países”. El triunfo de Piñera es recibido con júbilo por los sectores más reaccionarios del continente. Así lo fue con los primeros saludos del pro-imperialista Uribe de Colombia, el presidente mexicano del Partido de Acción Nacional (PAN), Felipe Calderón, y le siguieron una serie de saludos desde los golpistas hondureños como Micheletti y Porfirio Lobos, el reaccionario Alan García de Perú y el multimillonario Martinelli de Panamá. El imperialismo norteamericano junto a ellos, saludó el triunfo de Piñera con el cual esperan tener “las mejores relaciones”. A ellos se sumó el machista magnate ligado a los sectores fascistas Silvio Berlusconi, presidente de Italia; el imperialista francés Nicolás Sarkozy, y el animador de la organización de la derecha en América Latina, el español José María Aznar —que meses atrás estuvo en Chile agitando una política anti-comunista tras la alianza electoral de la Concertación con el PC.

Para Lula en Brasil, actuar en las próximas elecciones “como la Concertación” (es decir, permitir divisiones en las fuerzas oficialistas) llevaría a una derrota del PT a manos de José Serra, representante de la derecha tucana.

Para Mario Vargas Llosa la señal es clara: “En América Latina hay gobiernos democráticos, empezando por el Perú. Un país que es la bestia negra de Chávez es el de Colombia. Son clarísimos gobiernos con los que un mandato de Piñera tendría que colaborar”. Es decir, Piñera debería colaborar —y lo va a hacer— con los gobiernos más pro-imperialistas y entreguistas de la región. Esta colaboración se potenciará cuando Piñera asuma la presidencia *pro tempore* del Grupo Río hasta el año 2012.

El triunfo de Piñera renueva los aires de la derecha reaccionaria en la región, y con ello, el afianzamiento de la dependencia económica y política de América Latina con el imperialismo norteamericano. La IV Flota, el Golpe en Honduras y el reconocimiento de las elecciones golpistas y la instalación de 7 bases mili-

tares en Colombia son el mejor ejemplo del reforzamiento que el imperialismo norteamericano quiere tener hacia la región, considerada históricamente como su “patio trasero” y cuya principal influencia y organización la tuvo con las dictaduras del Cono Sur y el Caribe en la década de los ‘70 –ver el caso de casi 30 años de dictadura de los Duvalier, Papa Doc y su hijo en el golpeado Haití– y en Centroamérica en los años ‘80 para neutralizar el triunfo de las guerrillas en los procesos de guerra civil.

La reorganización de la derecha latinoamericana –al decir de Clinton, una “nueva derecha, liberal y democrática”– intenta por una parte ser un freno y eje de oposición al “eje bolivariano” dirigido por Chávez y entre los que se encuentran Cuba, Ecuador, Bolivia y Nicaragua. En ese sentido, es claro lo que indica el analista Atilio Borón⁵ al respecto: “con Piñera el bloque derechista controla, con la honrosa excepción del Ecuador, todo el flanco del Pacífico latinoamericano”.

Para el escritor derechista radicado en Washington Álvaro Vargas, se trata de “armar una coalición de democracias dispuestas a protegerse unas a otras, o al menos, a secundarse cuando hubiera una excesiva intromisión chavista”. Es la misma política que plantea el reaccionario español Aznar. Pero la clave es que será un nuevo gobierno títere de los intereses imperialistas en la región, que profundizará el sometimiento ante las políticas de expoliación y ataques a los trabajadores y el pueblo pobre en toda América Latina, en el marco de la crisis mundial.

La Concertación no tuvo ningún rol contra las cadenas imperialistas en América Latina, todo lo contrario, como señala Borón, “hay que recordar que aun bajo los gobiernos ‘progres’ de la Concertación el papel que éstos desempeñaron fue siempre el de un operador privilegiado de Washington en América del Sur”. Por más que Lagos se jacte de no haber votado en apoyo a la guerra de Irak, es conocido su papel, junto a la entonces ministra de Relaciones Exteriores, la DC Soledad Alvear, en el apoyo que dieron al imperialismo norteamericano y la derecha venezolana en el golpe perpetrado contra Chávez el 2002 del cual, luego de su derrota por la movilización de masas, tuvo que desdecirse. En el plano económico, fueron grandes alentadores de la política de Bush hacia la región: el ALCA con los tratados de libre comercio, que afianzaron el sometimiento al imperialismo. Aún así, la Concertación combinó este rol de impulsores del “Consenso de Washington” en América Latina impulsando las áreas de Libre Comercio, con un papel “moderado”, con un discurso menos “a lo Bush” buscando el diálogo entre los sectores de la derecha más reaccionaria y el eje chavista. Es decir, intentaron ser un interlocutor válido del imperialismo en América Latina junto con Lula –aunque en menor medida que éste por su peso estructural– siendo un “ala moderada” mediando en los conflictos sociales y políticos, como hicieron en la Unasur ante en el conflicto boliviano entre Evo y la derecha de la medialuna. **Ahora Piñera jugará un rol distinto. Su alianza será directamente con los sectores más pro-norteamericanos:** Uribe y Calderón, como ya ha señalado en distintas declaraciones y ha señalado su nuevo canciller, Alfredo Moreno, un empresario ligado a las multinacionales.

5 “Elecciones en Chile: El original y la copia”, Bs. As., publicado días después del triunfo de Piñera, *Página 12*, 22 de enero de 2010,.

UNA POLÍTICA Y UN PROGRAMA DE INDEPENDENCIA DE CLASE PARA ENFRENTAR A LA DERECHA Y A LOS PATRONES. ¡POR UNA ALTERNATIVA DE IZQUIERDA OBRERA Y SOCIALISTA!

La centroizquierda intentará reorganizarse sobre un discurso y una política más a la izquierda y más activa hacia los trabajadores y sectores populares, intentando posar nuevamente como amigos del pueblo, ahora en la oposición y con la posibilidad de contener y desviar las luchas en las calles, para fortalecer una alternativa de centroizquierda de la burguesía. El Partido Comunista, con su programa de “revolución democrática” y de colaboración de clases, lleva la lucha de los trabajadores a los brazos de la política patronal, a la alianza de los trabajadores con sus explotadores. Hay otros sectores que plantean que hay que hacer una “política popular”, donde sustituyen la centralidad de la clase obrera por el pueblo en general, mientras reivindican el legado de Allende o al propio Chávez, es decir, no cuestionan la estrategia de la colaboración de clases.

Desde Clase contra Clase creemos que está planteando dar una batalla conjunta del movimiento obrero, las organizaciones estudiantiles y la izquierda, para fortalecer las organizaciones y la lucha de la clase obrera, los sindicatos, para enfrentar a la derecha. Además, luchar por una alianza revolucionaria entre los trabajadores y los sectores populares ante la política de división en las filas obreras que intentará la derecha. Junto con ello, la pelea por las demandas democráticas contra la Constitución pinochetista, contra la ley de partidos políticos, por los derechos democráticos de la mujer, contra la aplicación de la Ley Anti-terrorista, y contra las políticas represivas que incrementará la derecha también estará más planteada que nunca. En ese sentido, habrá que luchar en las calles contra los ataques de la derecha y las políticas patronales, buscando la más amplia unidad de acción de la clase trabajadora, el movimiento estudiantil, los sectores populares y la izquierda.

Pero esta lucha política no puede ir acompañada de una alianza con los sectores patronales que posan de progresistas. La Concertación fue la continuadora de la obra neoliberal de la dictadura, manteniendo la precariedad laboral y los salarios bajos. En sus cuatro gobiernos, tuvo más de una decena de muertos por asesinato, como el obrero Rodrigo Cisternas, o en la represión al pueblo mapuche con total impunidad, como mostró la libertad al policía asesino de Matías Catrileo, joven mapuche asesinado el año pasado. Con la ley de manifestaciones públicas intentó reducir la lucha y movilización en las calles. Los trabajadores no pueden tener como aliados ni a las pequeñas y medianas empresas explotadoras, ni a los políticos patronales “progresistas”. **Para triunfar, la clase obrera debe levantar una política de independencia de clase contra toda variante patronal**, luchando por una Asamblea Constituyente Libre y Soberana convocada por los trabajadores y con su movilización para discutir los grandes problemas de la clase trabajadora y el pueblo pobre, que ponga fin a la Constitución de la dictadura, terminar con el binominal y la imposibilidad que pone el régimen para que dirigentes sindicales puedan ser electos al parlamento; por el juicio y castigo a los genocidas golpistas acabando con la impunidad de la dictadura; por un salario mínimo acorde a la canasta familiar; por terminar con la subcontratación que divide

a trabajadores de primera y segunda categoría; terminar con la injerencia imperialista en la región de la que Piñera intenta ser un abanderado junto a Uribe y Calderón, luchando por una República de trabajadores que termine con la explotación de estos empresarios y sea una trinchera en la lucha por una Federación de Repúblicas Socialistas de América Latina que lleve adelante la independencia regional contra el imperialismo en el camino de terminar con el capitalismo y la explotación a nivel mundial. Por una **Izquierda obrera y socialista** que pelee en el plano internacional y nacional por el socialismo obrero. Esta es la pelea que da Clase contra Clase.